

## MANDELA Y LA LUCHA POR LA PAZ, LA JUSTICIA Y LA RECONCILIACIÓN\*

*Solomón Lernes Febres\*\**

Luego de lo ya manifestado en torno a la figura extraordinaria de Nelson Mandela, a su vida, a sus convicciones, a la fortaleza de su carácter que alimentaba a una personalidad que fue sensible a valores superiores, lo que vaya a decir constituirá, de algún modo, una reiteración. Empero si se trata de reafirmar la inteligencia y acción de una persona que nos enseña a ser mejores personas y a luchar por una sociedad más plena, creo que me podrán perdonar el que reitere ideas que ya en esta misma mesa, esta noche, se han expresado.

Todos recordamos aún la precipitación de cambios inesperados que tuvo lugar al iniciarse la última década del siglo XX. En ese trepidante periodo al que el historiador británico Timothy Garton Ash se ha referido como “la historia del presente”, el año de 1990 representa el derrumbe del bloque totalitario de cuño comunista patrocinado por la Unión Soviética y, por

---

\* Discurso en la conferencia “Mandela, hoy y siempre” del día 6 de noviembre de 2018, en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

\*\* Doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina y licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de la PUCP. Ha sido rector de la PUCP durante dos periodos (1994-1999 y 1999-2004). Actualmente es rector emérito y presidente del Instituto de Democracia y Derechos Humanos (IDEHPUCP) y profesor de Filosofía, Educación, Ética y Metodología de la misma universidad. Además, es presidente de la Filmoteca de la PUCP y Presidente de la Sociedad Filarmónica de Lima. Ha sido presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú (2001-2003).

consiguiente, el fin de la guerra fría. Bien es cierto que los años por venir nos desengañaron respecto de las expectativas de paz internacional y estabilidad democrática que parecían prometer esas veloces transformaciones regionales y mundiales. Pero no se puede negar que, a pesar de todos los traspiés conocidos desde entonces, entre los que hay que incluir el muy reciente resurgimiento de autoritarismos populistas alrededor del mundo, el año 1990 constituye un giro relevante en la historia contemporánea: una crítica práctica del totalitarismo y del autoritarismo y, sobre todo, una crítica del imperio del cinismo en la política mundial, ese cinismo según el cual las grandes potencias mundiales apoyaban y sostenían a estados o gobiernos vasallos por un inapelable cálculo de conveniencias, sin que les importara los crímenes contra su población que dichos regímenes cometían. En efecto, la catástrofe que significó la Segunda Guerra Mundial parecía haber consolidado la doctrina de los derechos humanos como valores universales. Sin embargo, gracias a los arreglos políticos internacionales, varios regímenes opresores subsistían y uno de ellos, el más emblemático por su minuciosa y arcaica tiranía era el *apartheid*, un sistema de separación racial que iba a contracorriente de los más elementales signos de civilidad del siglo XX. El *apartheid*, en efecto, era un orden que ponía en escena las más crueles y desvariadas fantasías positivistas de los tiempos coloniales del siglo XIX. Fue un régimen de vergüenza que subsistía como una reliquia de las épocas más brutales del colonialismo decimonónico.

El fin de la guerra fría abrió paso a un momento de cambio y dio origen a la sociedad que hoy llamamos global. Las caídas de varios regímenes opresores y el afinamiento de los conceptos de la igualdad forjaron una promesa que, no por defraudada, debemos abandonar como ideal, y es la de la instalación de principios éticos y morales y de ideales humanitarios en el discurrir de la política internacional y de las políticas regionales y nacionales.

Momento emblemático de ese tiempo de cambio fue, sin ninguna duda, la liberación de Nelson Mandela después de 27 años de prisión. Bien es cierto que el régimen de segregación instalado en Sudáfrica venía dando signos de corrosión y desgaste desde pocos años antes, y también es verdad que se necesitarían algunos años más para que ese régimen inicuo quedara desmontado. No obstante, se puede decir, con entera justicia, que la liberación

de Nelson Mandela constituye el *momento carismático* de ese tiempo de transformaciones, es decir, ese momento en el cual el liderazgo virtuoso de un miembro de la comunidad, basado en atributos personales pero vinculado con una comprensión lúcida del contexto y sus posibilidades y desafíos, conduce a una sociedad hacia adelante, hacia la superación de las trabas que la atenazaban y hacia la realización de un nuevo horizonte político y moral.

La figura de Nelson Mandela representa eso, en efecto, y a ello quiero referirme, así como a las repercusiones de su legado en un país como el nuestro.

Cuando, en 1990, Nelson Mandela es puesto en libertad, ya tenía varios años trabajando por lograr una transición política, por vía de una negociación, desde el *apartheid* hacia una sociedad igualitaria y fundada en las libertades de todos sus ciudadanos. El camino previo había sido duro y trágico. Mucha e intensa violencia se había acumulado en la lucha contra el régimen de segregación racial por parte del Congreso Nacional Africano y en la defensa de ese injusto estado de cosas por sucesivos gobiernos defensores de la supremacía blanca. Si el país quería dar un paso adelante, era necesario transformar su manera de buscar el cambio, y es ahí donde Nelson Mandela representa una figura excepcional para la cual, en la historia contemporánea, solo se puede encontrar un equivalente en la gesta de Gandhi para la emancipación de la India de la sujeción colonial británica. Se trata, desde luego, de una excepcionalidad que tiene dos aspectos íntimamente ligados: de una demostración de sapiencia política sobresaliente y, al mismo tiempo, de un despliegue de temple ético que rara vez se encuentra en la política práctica. Esta figura y su trayectoria nos dicen, incluso, algo más: no se trata únicamente de una acción complementaria de sabiduría política y fortaleza moral, sino de una demostración de cómo la política, la mejor política, constituye un encuentro entre ética y estrategia, entre moralidad y búsqueda de fines por los mejores medios.

Es conveniente detenerse brevemente en este punto para así aquilatar mejor la significación de Nelson Mandela en la historia política contemporánea. Los estudiosos de la ciencia política y disciplinas afines suelen atribuir al pensamiento de Maquiavelo el inicio de la modernidad en la actividad política.

Esta modernidad habría surgido cuando, al separarse la moral y el manejo de los asuntos de estado, se identifica a la política como una esfera de acción humana independiente y autónoma, regida por un conjunto de valores específicos de ella, en cuyo centro se encuentra la eficacia en el manejo del poder. Sabemos, desde luego, que este planteamiento es esquemático y no hace justicia completa a las sutilezas del pensamiento de Maquiavelo, que nunca estuvo del todo divorciado de la moral, como lo mostró brillantemente el filósofo Isaiah Berlin en su conocido ensayo “La originalidad de Maquiavelo”. Sin embargo, sí se podría decir que, a partir de entonces, y con acento más fuerte en el siglo XX, queda instalada la idea de que la virtud en política es indiferenciable de la eficacia y que consiste, precisamente, en actuar con miras a la maximización del poder sin permitir que otras consideraciones, como las del mundo de la ética, interfieran y obstaculicen la voluntad de dominio. Tal fue el principio que vació de todo contenido moral a las ideologías de la revolución y a las ideologías del orden en el mundo contemporáneo y es, en contraste con ese sombrío panorama, que brillan con mayor intensidad algunas figuras que, en medio de un siglo marcado por violencia, autoritarismos y totalitarismos, lucharon por convencer a sus sociedades de que podría haber otra forma de entender la política, una forma no menos eficaz, pero al mismo tiempo respetuosa de ciertos criterios de moralidad y de respeto a la dignidad humana. En suma, otra forma que permitiera hacernos ver que la política, en cierto modo, es un medio que nunca puede cobrar supremacía frente lo que debe ser el fin de la acción humana, que es la búsqueda del bienestar y la defensa de la dignidad individual y colectiva. A esa singular estirpe de hombres y mujeres que nos ofrecieron una distinta manera de ser seres políticos y de hacer política perteneció, sin ninguna duda, Nelson Mandela.

No es mi tarea, naturalmente, reseñar aquí el apasionante e inspirador camino de Mandela hacia la libertad y hacia la transformación de su país de un sistema de segregación racial hacia una democracia. Ello ha sido relatado por numerosos autores y de ello ha dejado testimonio —un testimonio no ajeno a la autocrítica y al examen severo de sus acciones y de su tiempo— el propio Mandela en su autobiografía titulada *El largo camino de la libertad*.

Me conformaré, por ello, con resaltar principalmente su papel de figura inspiradora para todos aquellos países que, tiempo después, hemos enfrentado situaciones similares o cuando menos comparables.

Las lecciones que nos ofrece la trayectoria de Mandela son múltiples, pero deseo concentrarme en solo dos de ellas. La primera, ya anunciada, es su búsqueda de la transformación social por medios pacíficos y por la forja de acuerdos. La historia del Congreso Nacional Africano está marcada, cómo olvidarlo, por la lucha violenta contra la segregación, una lucha que en buena cuenta responde a la violencia estatal y gubernamental que durante décadas sostuvo por la fuerza de las armas ese régimen inicuo e intolerable desde toda perspectiva democrática. Pero ya en las circunstancias de 1990 muchas cosas han cambiado o han sido inducidas a cambiar por líderes visionarios, y entre ellas la principal es el reconocimiento de que la negociación, la búsqueda de acuerdos y de consensos, es una manera no solamente más aceptable moralmente, sino también más efectiva, de conseguir los cambios deseados. Estas nuevas convicciones, como es comprensible, no llegan espontáneamente ni son el resultado de una precipitada conversión colectiva. Son, más bien, el punto de llegada de un trabajo paciente, lento, esforzado, un trabajo de persuasión y de predicación mediante el ejemplo.

Aquí reside un modelo de acción política que tendría gran fecundidad en los años por venir. Como he sugerido antes, se trata no únicamente de una negociación que sigue principios estratégicos, sino de una acción política fundada en convicciones morales. Si hubiéramos de atenernos a la muy conocida distinción de Max Weber entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad, tendríamos que decir que Mandela nos ofreció un ejemplo soberbio de esta última, es decir, de una ética que, sin renunciar a la realización de principios morales, sabe que sus decisiones están llamadas a tener efectos ulteriores y que quien actúa en política debe hacerse cargo, hacerse responsables, de los efectos que su decisión de hoy vaya a tener en las vidas de sus conciudadanos en el futuro.

Así, el largo proceso de conversaciones y negociaciones que finalmente condujeron al desmontaje del sistema de segregación *apartheid* y a la celebración de elecciones libres en Sudáfrica en 1994, en las que Mandela

fue elegido presidente, pasando por la aprobación de una nueva constitución provisional en 1993, constituyeron una lección para el mundo entero que, en el caso de América Latina, se sumó a una lección y una inspiración previas, como fue la transición pacífica española después del fallecimiento del dictador Francisco Franco. Veámos ahí, en ese periodo de negociaciones, las evidencias de que la política, sin significar necesariamente el acuerdo pleno, también puede albergar un espacio para las conductas honestas, para los diálogos sustantivos y para la toma de decisiones que tengan que ver con el bienestar futuro de las personas.

Pero hay otro aspecto del legado de Mandela que me interesa resaltar y que se encuentra, ya, en el ejercicio de su mandato, en su ejecutoria de estadista, y este es la comprensión de que una sociedad que emerge hacia la paz y hacia la democracia no puede simplemente cerrar los ojos a los abusos del pasado, sino que tiene que encontrar las formas de enfrentarse con honestidad a esa historia de violencia, abusos, crímenes y violaciones de los derechos humanos.

Y en ese sentido cabe decir que, con la creación de la Comisión de Verdad y Reconciliación, presidida por el obispo Desmond Tutu, el nuevo gobierno sudafricano, bajo el liderazgo de Mandela, marca una pauta mundial de la cual muchos países, incluido el Perú, somos tributarios: la idea de que, según aprendimos desde los juicios de Núrenberg, hay crímenes tan horrendos que no pueden simplemente quedar en el olvido, y que frente a ellos, si no es posible la justicia penal plena, siempre hay que buscar formas de responder por respeto a las víctimas y, también, en beneficio de toda la sociedad.

Bien es cierto que la Comisión de la Verdad y Reconciliación de Sudáfrica no fue la primera de su género. La primera comisión de la verdad registrada con ese nombre tuvo lugar en Uganda en el año 1974. Y en América Latina, antes de la de Sudáfrica, habíamos tenido las de Argentina, Chile y El Salvador, mientras que la de Guatemala casi coincide en el tiempo con la sudafricana.

Y, sin embargo, pese a estas precisiones cronológicas, es innegable que el proceso de búsqueda, revelación y exposición pública de la verdad que se tuvo después del *apartheid* y dedicado a la investigación de los crímenes

cometidos en el contexto de la lucha contra el régimen de segregación, constituye un hito fundamental y ha sido una inspiración para todas las entidades de búsqueda oficial de verdad que han venido después.

No deseo detenerme en los aspectos técnicos del funcionamiento de dicha comisión y ni siquiera en sus hallazgos, sino en el clima social y en el contexto moral de que ella es tributaria y que ella fomenta, asuntos que, como lo intuyen fácilmente, están fuertemente asociados con el carisma y con la solvencia de estadista de Nelson Mandela.

Un excelente libro de la poeta sudafricana Antjie Krog, *A country of my skull*, se ha hecho mundialmente famoso, entre muchas razones válidas, por su capacidad para comunicarnos el clima de expectativa y esperanza, de celebración y de lamento, de estupor y de lucidez colectiva, que iba instalándose y diseminándose entre la población sudafricana mientras la Comisión de la Verdad desarrollaba su trabajo y, en particular, celebraba sus audiencias públicas.

Pocas veces en la historia reciente hemos asistido a un fenómeno semejante: una sociedad volcada a mirar de frente su pasado violento, a conocer de cerca los crímenes cometidos y sus perpetradores, a prestar atención sincera y serena a las voces de las víctimas, a preguntarse sobre el contexto legal, institucional, político, cultural en el que tanta violencia e iniquidad fueron posibles. Se trataba, además, no únicamente de una confrontación de cada individuo con las revelaciones que le traían diariamente la radio, la televisión, los diarios, sino de algo más, y de mayores repercusiones morales: de un diálogo incesante, abierto, franco, espontáneo, en las plazas públicas, de una conversación social, no siempre armónica, no siempre conciliatoria, entre los más diversos sectores sociales. La violencia pasada, los abusos de las décadas pretéritas, las voces y rostros de las víctimas, las actitudes arrepentidas o recalcitrantes de los perpetradores, se habían convertido, en todo sentido pertinente, en un *asunto público* del que nadie estaba excluido y al que nadie podía sustraerse fácilmente. Observábamos, en la práctica, eso que en muchos de nuestros países alcanza apenas un valor de metáfora: una confrontación de la sociedad con su pasado violento.

Al considerarlo retrospectivamente, no es difícil encontrar en ese proceso, una vez más, una dimensión de la figura de Mandela y de la manera en que él había intentado conducir a su país del autoritarismo hacia la democracia y de la violencia hacia la paz. Hay entre sus convicciones, como lo muestra de manera palmaria su autobiografía, mencionada antes, una vocación irrenunciable por la búsqueda de la justicia, y, en particular, de la justicia para aquellos que han sido víctimas del poder estatal y del poder no estatal. Se trata de una justicia que de ningún modo se puede confundir con la idea de venganza y que tampoco puede quedar confinada a la sola idea de la justicia penal, aunque sin excluirla. La idea de justicia ante la que nos encontramos al acercarnos a la ejecutoria pública de Mandela es una de hondo contenido moral y humanitario y que se asocia, así, con este principio primordial: hacer justicia es devolver el reconocimiento de su dignidad a todos aquellos que la vieron vulnerada por los poderosos, sean estos partidarios del orden o de la revolución.

El talante del proceso de búsqueda de verdad en Sudáfrica después del *apartheid* es, así, reflejo del talante político y personal de Mandela y de sus concepciones de Estadista. Estamos hablando de una búsqueda que ha terminado cristalizándose, como de algún modo lo mencioné antes, en esas instituciones singulares que se han hecho conocidas con el nombre de “comisiones de la verdad”: una búsqueda que quiere ser fiel a los hechos para rescatarlos y exponerlos públicamente, pero que no se agota en la restitución de la verdad fáctica del pasado, sino que se extiende a una indagatoria de contenido moral.

Y llegados a este punto no puedo hacer menos que evocar, por lo tanto, la repercusión que el ejemplo de Mandela tuvo en una sociedad como la peruana cuando esta tuvo, también, ante sí la tarea de mirar de frente a su pasado violento. Aquí también, como sabemos, tuvimos una comisión de la verdad, que tuvo el honor de presidir, y ella se benefició grandemente de la manera en que ya se habían ido entendiendo estas prácticas en experiencias como la de Sudáfrica y la de Guatemala, entre otras más: una búsqueda de la verdad cuyo rasgo primordial sería el hallarse centrada en el interés de las víctimas, y una búsqueda que fuera más allá de lo estrictamente fáctico y



episódico para colocarse en un horizonte mayor: el de la verdad histórica y el de la inquietud moral. Aprendimos, en efecto, que los actos violentos, los abusos y las atrocidades nunca ocurren en una cámara de vacío, sino que, sin que ello los justifique, se corresponden siempre con una realidad política, cultural, psicosocial, histórica e institucional previa. Se trata, así, de una realidad histórica cuyo descubrimiento debe hacer más inteligible, aunque nunca disculpable, el abuso, y cuyo conocimiento es indispensable para poder responder más seriamente a ese pasado injusto que queremos superar. Esta realidad histórica tiene una particular complejidad cuando estamos ante sociedades pluriétnicas y pluriculturales y en las que, por diversos factores históricos, una colectividad étnica ha quedado expuesta a la marginación y otra ha gozado de los privilegios del poder político y económico, e incluso ha logrado cierta supremacía en el dominio de la cultura. En esos casos, la verdad adquiere una valencia singular y un potencial inapreciable: el de servir para desmontar un aparato de dominio y opresión tan antiguo y tan omnipresente que ha llegado a ser considerado como natural por quienes son favorecidos y por quienes son afectados por él.

Pero además de esta dimensión histórica de la verdad, como he dicho, existe una dimensión moral, y cuando en la Comisión de la Verdad y Reconciliación de Perú reflexionábamos sobre este aspecto de nuestra tarea, nos sentimos reflejados en lo que ya otras comisiones, como la que presidió el obispo Tutu e inspiró Nelson Mandela, habían pensado, y ello nos ayudó a reafirmarnos en nuestras propias convicciones. Probablemente, una forma abreviada de referirnos al contenido moral de esa verdad sea relacionarla con la idea de reconciliación. Una verdad moral es, en efecto, una verdad para la reconciliación, es decir, una verdad llamada o invocada para fomentar una manera distinta de concebir y de vivir la comunidad política y humana de la que todos somos parte. Ya sabemos que el término *reconciliación* ha sido empleado de una manera aviesa e interesada durante una buena parte de la historia moderna para enmascarar lo que eran simplemente pactos de mutua impunidad con total prescindencia y olvido de las víctimas, de sus sufrimientos y de sus derechos. Por eso, quienes hoy incorporan esa noción a las tareas de transitar hacia la paz y hacia la democracia, deben hacerlo con un corazón alerta para no caer, una vez más, en ese uso cínico de la política y del poder que mencioné al inicio. La reconciliación ha de ser entendida de otra forma,

como la incorporación de una perspectiva moral a la convivencia colectiva, y en esa comprensión, me es grato recordarlo, las palabras de Nelson Mandela al recibir el informe de la Comisión de la Verdad de Sudáfrica marcaron también una pauta notoria: la reconciliación, dijo entonces, requiere un trabajo conjunto para defender la democracia y para defender la humanidad proclamada en la constitución; la reconciliación, precisó, demanda unir las manos para erradicar la pobreza diseminada por un sistema que prosperaba a costa de la privación de las mayorías; la reconciliación, afirmó también, exige poner fin a la desnutrición, el desamparo y la ignorancia. En esas demandas se encuentra, ya, una idea de la reconciliación próxima a la que, años después, postulamos en la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú, a saber, la de reparar los lazos entre los peruanos, una noción que puede reclamarse como tributaria de una misma corriente moral que la postulada por Mandela: la del humanismo, la del civismo, la de la solidaridad y la de la fe y la pasión democrática.

Al inicio de esta ponencia, mencioné el *momento carismático* con el que se da un giro a la historia de Sudáfrica y el mundo. Este momento, si bien no puede no ser entendido como un gran hecho social, a la vez, es inevitable reconocerlo, es a fin de cuentas la proyección de un carácter que corresponde a un sujeto, de un carácter peculiarmente señalado por la lucidez.

En efecto, el 2 de febrero de 1990 Mandela salió libre de la prisión pero bien podemos decir que nunca dejó de ser un hombre libre porque ni las cadenas, ni las celdas ni los crueles castigos que padeció comprimieron su alma, tal como hubieran deseado sus captores. No salió de la prisión poseído por odios y deseos de venganza. Por el contrario, perdonó a sus carceleros y, en ese acto gratuito, de inmensa generosidad, sentó los cimientos para la reconciliación de su país.

Mandela demostró que es posible arreglar el camino hacia el futuro sin olvidar el oprobio y las injusticias del pasado. Porque, en efecto, no nos liberamos del pasado mediante el olvido sino transformándolo en un conocimiento que haga posible un porvenir más justo y más humano.